



**BREVE HISTORIA  
DE LA GUERRA  
CON LOS  
ESTADOS UNIDOS**

**JOSÉ C. VALADÉS**

**cf**  
**fe**

**BREVIARIOS**  
**Fondo de Cultura Económica**

## VIII. LOS CONVENIOS

Mientras el general Winfield Scott reunía en Texas soldados para el ataque al puerto de Veracruz, el coronel Alejandro Atocha aparece nuevamente en Washington. En esta vez asegura ser portador de cartas de los generales Antonio López de Santa Anna y Juan N. Almonte y de Manuel Crescencio Rejón, en las que éstos se muestran “inclinados a un tratado de paz con los Estados Unidos”.

La posibilidad de ensanchar el territorio de su República sin la sangre de sus ciudadanos vuelve a entusiasmar al presidente Polk, quien por conducto del secretario de Estado, James Buchanan, autoriza a Atocha para que hable formalmente con Santa Anna sobre el negocio, al tiempo que el propio Polk propone al gabinete norteamericano el nombramiento del napoleónico senador Benton como comandante en jefe del “ejército de ocupación”, investido “con amplios poderes diplomáticos”, aunque esta segunda medida no es aprobada por los colaboradores de Polk.

Atocha, en cambio, va a cumplir con su misión; pero a poco regresa a Washington con una nota firmada por José María Ortiz Monasterio, en la que éste advierte que para iniciar pláticas de paz con el gobierno de los Estados Unidos son primeras condiciones: la suspensión del bloqueo a los puertos mexicanos, el retiro de los soldados extranjeros que ocupan una parte del territorio nacional y la seguridad de que las autoridades norteamericanas han de respetar la integridad e independencia de la República Mexicana.

No causa desánimo a Polk la respuesta de Monasterio, y resuelve enviar a México con más amplias instrucciones a Nicholas P. Trist, funcionario del Departamento de Estado, secretario, en años anteriores, del general Andrew Jackson y esposo de una nieta del mismo Jackson. Trist ha sido ocho años cónsul de los

Estados Unidos en La Habana, en donde se vio comprometido en un embrollo por proteger el tráfico de esclavos.

Las órdenes secretas que Polk da a Trist dicen que ha de pedir a México la cesión de los territorios de Nuevo México, Alta y Baja California, así como el derecho de tránsito a través del Istmo de Tehuantepec. Todo, mediante el pago de 30 millones de dólares.

Con esas instrucciones desembarca Trist en Veracruz, cuando el general Scott se ha apoderado ya de la ciudad de Jalapa, y aunque pretende iniciar desde luego las negociaciones con el gobierno de México, encuentra la oposición de Scott, que fue multiplicándose con los días hasta producir un serio quebranto entrabos personajes, lo que orilló a Polk a reprender al general.

Esperó Trist el avance de las fuerzas norteamericanas a Puebla, y ya establecido en esta ciudad envió una nota al ministro de Inglaterra en la capital de la República, en la que le pedía que informara al gobierno mexicano que él, Trist, había llegado al país en misión diplomática y era portador de una nota de Buchanan.

El representante de Inglaterra se prestó a servir de intermediario, poniendo en manos del ministro de Relaciones, Domingo Ibarra, la anunciada comunicación de Buchanan, a la cual contestó Ibarra en comedidos términos: decía que el Ejecutivo nacional no podía emprender negociación alguna con los Estados Unidos en tanto no estuviesen plenamente autorizados por el Congreso.

Pero, al mismo tiempo que la respuesta de Ibarra, Trist recibe la visita de “unos enviados de Santa Anna”, quienes le advierten que el general presidente exige que se le dé “secretamente” un millón de dólares para firmar los arreglos con los Estados Unidos, suma de la que deben entregarse inmediatamente 10 000 dólares, insinuando los comisionados que esta cantidad la requiere Santa Anna “para cohechar a los miembros del Congreso que se oponen a la paz”. Trist da su aprobación al procedimiento, más no así los generales norteamericanos que se enteran de la “solicitud del presidente de México”, pero Scott, al fin, conviene en que es

necesaria la operación y entrega el dinero, tomándolo “de sus fondos secretos”.

Corre este episodio en la historia de México como uno “de los actos más indignos de Santa Anna”, así como prueba de que el general presidente estaba en connivencia con el extranjero; y se tiene también este capítulo por los historiadores norteamericanos como muestra de la “deshonestidad de los funcionarios” del gobierno de México.

Sin embargo, no existe testimonio mexicano de esa pillada que se atribuye al general Santa Anna, e increíble es que tan soez calumnia haya servido para alimentar los odios políticos contra quien, por el solo hecho de haber sido presidente de la República, merece más respeto, porque si muchas son las culpas que caen sobre Santa Anna, ninguna pudo ser de tan bajo género como la que divulgó Trist, y que ha sido orlada por los publicistas extranjeros para deprimir a la nación mexicana.

En cambio, sí hay indicios, y a propósito de lo sucedido en Puebla, de que el general Santa Anna, amañado y astuto, se burló una vez más de la diplomacia de los Estados Unidos, aprovechándose de instrumentos indirectos para crear esperanzas de paz en Trist, y de esa manera detener el avance del ejército norteamericano sobre la capital de la República, a fin de dar cima a los planes de defensa.

Como se ha dicho, Santa Anna fue siempre amante de los ardides, olvidando que si con ellos conquistaba, por una parte, ventajas momentáneas, por otra parte, cuánta oscuridad (convertida después en permanentes supercherías) hacía en torno a su nombre y acciones y cuánta más dejaba a su patria, cuya historia los gobernantes deben cuidar con extremado celo.

El hecho de que ni Santa Anna ni el ministro de Relaciones volvieron a ocuparse de la presencia del enviado de Polk en territorio mexicano, sino hasta el 21 de agosto, corrobora que Trist cayó en la añaenza de algunos ladinos.

Después de los sucesos en Padierna y Churubusco, el general Santa Anna, “poseído de tristeza y desesperación”, se reunió en el Palacio Nacional con los ministros, jefes militares y principales miembros del Congreso, y luego de hablar sobre la situación que guardaba la defensa de la ciudad de México, dijo que creía indispensable un armisticio, que permitiera el descanso y la organización del ejército para continuar la guerra.

Con mucha solemnidad escucharon los circunstantes las palabras del general presidente, y a pesar de que nadie ignoraba cuán débiles eran las fuerzas para seguir resistiendo al enemigo, nadie habló de paz y todos pidieron la guerra. Se puso de relieve en ese acto cuán elevado era el patriotismo de los mexicanos.

Aprobada en aquella junta la idea del armisticio, el ministro de Relaciones, José Ramón Pacheco, quedó comisionado para servirse del jefe de la misión diplomática de España en México, Salvador Bermúdez de Castro, para formalizar la tregua.

Mas antes de que los comisionados de México llegasen al campo de Scott, éste, con notoria falta de prudencia y con palabras que le hacían mucho daño, puesto que entrañaban una queja impropia de un soldado, escribe al general Santa Anna:

*Demasiada sangre se ha vertido ya en esta guerra desnaturalizada entre las dos grandes repúblicas de este continente. Es tiempo que las diferencias entre ellas sean amigable y honrosamente arregladas, y sabe vuestra excelencia, que un comisionado por parte de los Estados Unidos, investido con plenos poderes para este fin, está con el ejército. Para facilitar que las dos repúblicas entren en negociaciones, deseo firmar en términos razonables un corto armisticio.*

Aprovecha Santa Anna la ventaja que ofrece el enemigo y nombra a los generales Ignacio Mora y Villamil y Benito Quijano para que se entiendan con los generales J. A. Quitman, Persifor J. Smith y Franklin Pierce, representantes de Scott; y los unos y los otros, reunidos en Tacubaya, convienen, el 22 de agosto, en la cesación

“al instante y en lo absoluto”, de las hostilidades entre los ejércitos de México y los Estados Unidos “en la comprensión de treinta leguas de la capital” mexicana, decretando que el armisticio será por todo el tiempo que los comisionados de las naciones en guerra estén ocupados en negociaciones de paz.

Es entonces, y sólo entonces, cuando el ministro de Relaciones, José Ramón Pacheco, vuelve a mencionar a Nicholas P. Trist. En esta vez, Pacheco se dirige al presidente del Congreso pidiéndole que se reúnan los diputados a fin de que “tomen la parte que les corresponde en las proposiciones de paz que presentará” Trist. Esto, sin embargo, no es más que un artificio, porque el general Santa Anna ha recomendado a los diputados no integrar el quórum, puesto que el gobierno de México no tiene intenciones de firmar un tratado de paz, a menos que los Estados Unidos desistan de sus ambiciones territoriales, y sí quiere tener a la mano un arbitrio, como es el de que el Congreso no se ha reunido para facultarlo a efectuar arreglos con una nación extranjera, con objeto de prolongar la tregua por el mayor tiempo posible, y recibir, entretanto, los nuevos recursos económicos y militares que espera de los estados de la República.

Las instrucciones reservadas a los comisionados de México en las negociaciones que van a emprenderse con Trist, y que aprueba la junta de ministros el 24 de agosto, indican cuán lejos está el gobierno nacional de firmar un convenio con los Estados Unidos para segmentar el suelo mexicano.

Determina el instructivo: que México reconoce la independencia de Texas, pero entendiéndose que los límites de este territorio empiezan al norte del río de las Nueces; que los comisionados han de exigir la evacuación de las zonas ocupadas por los soldados norteamericanos, así como “el levantamiento del bloqueo” a los puertos del Golfo y del Pacífico, aunque —dice el ministro de Relaciones— “podrá tratarse sobre uno en la Alta California”; que el gobierno nacional rechaza anticipadamente cualquier proyecto del comisionado norteamericano que lleve a establecer la frontera entre México y los Estados Unidos en el paralelo 26; que la nación del norte debe indemnizar a México,

no sólo por el puerto de California y el camino a Oregon, sino también por los daños, perjuicios y gastos extraordinarios ocasionados al pueblo mexicano durante la guerra y, por último, que el gobierno de los Estados Unidos ha de comprometerse “a no consentir la esclavitud en la parte del territorio que adquiriera por el tratado”.

Con el poder de representantes de un pueblo ofendido hablarían a Nicholas Trist el general José Joaquín Herrera, el diputado Bernardo Couto, el general Ignacio Mora y Villamil y el licenciado Miguel Atristáin, que eran los comisionados de México, y a quienes, por otra parte, el ministro de Relaciones advertía que, después de “canjeadas sus respectivas credenciales”, se ceñirían a recibir del representante norteamericano el memorándum con las proposiciones de los Estados Unidos y que, de no presentarlas Trist por escrito, quedaban limitados “precisamente y nada más a oír las que hagan”.

A la tarde del 27 de agosto, están reunidos los comisionados mexicanos y Trist en Azcapotzalco, y en seguida de acreditar sus nombramientos, Trist entrega un proyecto de tratado que pone de relieve las ambiciones de su gobierno: la adquisición de los territorios de Nuevo México, Alta y Baja California y el libre tránsito a través del Istmo de Tehuantepec. Y como nada manifiestan los delegados de México, el de los Estados Unidos, luego de ver con extrañeza el silencio de los mexicanos, pide que la siguiente reunión se efectúe en la Casa Colorada (conocida “vulgarmente como casa del inquisidor Alfaro”) en las cercanías de Chapultepec.

Enterado el general Santa Anna a la noche del mismo día 27, de las pretensiones del gobierno de los Estados Unidos, el presidente llamó a consulta a los principales miembros del Congreso, a los jefes militares más distinguidos y a hombres de mucha experiencia política como Valentín Gómez Farías y Lucas Alamán, y el 29 de agosto la junta de ministros aprobó el segundo instructivo, preparado por Pacheco, que mandaba a los representantes de México que al abrir las negociaciones con Trist fijaran “por base las causales de la guerra provocada por los

Estados Unidos contra la República Mexicana”; que establecieran si “las pretensiones de los Estados Unidos” se fundaban en el derecho de la fuerza o puramente en negociaciones amistosas; que se resolviera si Texas pasaba “a poder de los Estados Unidos por el derecho de anexión que alega, o por compra que trate de hacer de esos terrenos a la República Mexicana”, y que, en seguida de quedar fundados esos puntos, los comisionados, contestando al proyecto de Trist, se negarían “a ceder el todo o parte” de Nuevo México y las Californias, aunque en

*último caso, después de discutir el derecho de México al terreno que se trata de emanciparle, podrían acceder únicamente al establecimiento de una factoría en el puerto de San Francisco... pero con tales restricciones que en ningún tiempo [dice el instructivo] México puede ser reconvenido de que se ha desprendido de aquel puerto ni de su derecho de dominio que actualmente tiene*

y, por último, negarían también el derecho de libre tránsito al gobierno norteamericano en Tehuantepec.

Impuestos los miembros de la comisión de las nuevas instrucciones, se dirigieron al ministro de Relaciones diciéndole “con la franqueza de hombres de bien, que sobre las dichas bases” no les era posible encargarse de la negociación, por lo cual, y reunidos una vez más los ministros, el Ejecutivo autorizó a los comisionados para continuar las pláticas con Trist, “aviniéndose a algunas modificaciones que las circunstancias del país exigen y a las facilidades a que abra la puerta la misma discusión”.

El primero de septiembre se encuentran los delegados de México y Trist en la casa de Alfaro y, con rara habilidad, aquellos incitan a éste a la discusión, que se desarrolla sosegadamente.

Trist no parece muy convencido de sus abultadas ambiciones, y así se comprueba, cuando, en la conferencia del día 2, hace saber que está dispuesto a abandonar el proyecto de adquirir la Baja California y el sur de la Alta, mas no el concerniente al territorio



de Nuevo México, porque su gobierno ha señalado la entrega de ese suelo “como condición *sine qua non* de la paz”, y que, “si no quedaba otro punto de diferencia para concluir la paz que el relativo al territorio que se prolonga entre el Bravo y el Nueces, consultaría sobre él a su gobierno con alguna esperanza de obtener éxito, si bien este paso debía ocasionar una demora de cuarenta y tantos días en la negociación”.

Aunque con lo propuesto por Trist se salvaba una buena parte del solar que los Estados Unidos proyectaban conquistar, a la sola enunciación de que era necesario ceder el territorio de Nuevo México, el general presidente y sus ministros rechazaron la pretensión del comisionado norteamericano. Nadie, iluminado por el más noble patriotismo, quería cargar con la culpa de la desmembración de la República y nadie, pues, se quebrantó ante las tentaciones de una paz obtenida mediante la entrega de una parte del territorio nacional.

No se ignoraban las consecuencias del rechazo del plan de Trist, que, además, frustraba los planes del general Santa Anna de prolongar el armisticio para el mejor desarrollo de la defensa de la ciudad de México. Así y todo, el consejo de ministros aprobó el contraproyecto formulado por los comisionados mexicanos, que se entregó a Trist el 6 de septiembre y en el cual se fijaba, con toda claridad y entereza, que

*La línea divisoria entre las dos repúblicas comenzará en el Golfo de México tres leguas fuera de tierra, enfrente de la desembocadura austral de la bahía de Corpus Christi; correrá en línea recta por dentro de dicha bahía hasta la embocadura del río de las Nueces; seguirá luego por mitad de ese río en todo su curso hasta su nacimiento; desde el nacimiento del río de las Nueces se trazará una línea recta hasta encontrar la frontera actual de Nuevo México por la parte Este-Sur-Este; se seguirá luego la frontera actual del Nuevo México por el Oriente, Norte y Poniente, hasta tocar por este último viento el grado 37, el cual servirá de límite a ambas repúblicas desde el punto que toca dicha frontera de Poniente del Nuevo México hasta el mar Pacífico.*

Se cedía a los Estados Unidos, porque al fin se convino que un precio debía tener para México la desgraciada guerra y porque todo mandaba un sacrificio supremo, el norte de Alta California a partir del puerto de San Francisco; pero Herrera, Couto, Atristáin y Mora y Villamil cuidaron en el contraproyecto, con extremado celo, de poner a salvo la moral del gobierno y del pueblo mexicanos.

Y mientras que los comisionados de México y los Estados Unidos están en negociaciones, y antes de ser presentada a Trist la última palabra del gobierno nacional, el general Santa Anna, conducido por sus afanes patrióticos, trata de desenvolver sigilosamente —siempre con la esperanza de ampliar el plazo de la suspensión de armas— el plan militar que se ha formado desde la hora del armisticio, aprovechando para ello el ardor del pueblo de la capital que, con el armisticio, ha creído descubrir debilidad en las filas de los soldados extranjeros, en lo cual se engañaba. Es asombro para propios y extraños cómo, en un país asaltado por todas las desgracias, puedan existir los ímpetus guerreros. Así lo dicen extranjeros espectadores en esos tiempos.

Santa Anna, después de siete días de encierro y consultas en el Palacio Nacional, reaparece en las líneas de defensa de la ciudad. No da, en cumplimiento del armisticio, órdenes militares públicas, pero, con su visita a los cuarteles y atrincheramiento, realza el patriotismo y hace que tome vuelos el ardor de los mexicanos. Las “gentes de todas las clases sociales, salen a su paso”, y le piden que no retroceda ante las exigencias de los norteamericanos. Los periódicos han dejado de censurar al gobierno y las autoridades municipales conceden justos honores a quienes se defendieron en el reducto de Churubusco.

Viene a exaltar las pasiones de los mexicanos la presencia en las calles de la ciudad de México de un tren de abastecimientos del ejército de los Estados Unidos, que ha entrado a la capital sin violar las estipulaciones del armisticio, no obstante lo cual se considera el hecho un desafío de Scott; y aunque el gobernador

de la ciudad trata de calmar a los agresores, nada sosiega a los patriotas, antes los exalta más y más.

Nunca, sin embargo, un pueblo ha estado más enflaquecido para proseguir la guerra con una nación extranjera, como se presentaba México hacia los últimos días de agosto de 1847. Una tras de la otra, las desdichas —nada cortas, por cierto— se han hincado con tanta fuerza en el país como en esa época nacional, puesto que afectaban, ora al orden militar, ora al político, ora al económico.

Faltaban en el primero, aparte de los triunfos que tanto elevaban al soldado, las armas y las municiones para los voluntarios. Perdidos o inutilizados eran más de 50 cañones. Se contaba la pólvora por granos, sin ser suficiente para una batalla “que se prolongara más de seis horas”. Los jinetes del general Juan Álvarez iban armados, en su mayoría, con lanzas y sables y, por tanto, inútiles ante el fuego de los cañones y fusilería del enemigo; y muchos de los soldados en los reductos de la Candelaria y Belén “andaban descalzos” y no se les entregaban víveres “desde el 26 de agosto”. Faltaba, en el orden político, la presencia de los liberales, que eran los sembradores del fanatismo patriótico y quienes, sin negar su concurso en las funciones de armas, se veían excluidos de los negocios públicos. Faltaba, por último, el dinero, porque las recaudaciones obtenidas con los préstamos a los particulares y con los fondos enviados por los gobernadores no ascienden a 100 000 pesos al final del mes de agosto.

Con raquílica herramienta, pues, se dispone la defensa suprema de la ciudad de México. El ministro de Relaciones escribe a los gobernadores para que manden a las autoridades de todos

*los lugares grandes o pequeños [...] en un radio de treinta leguas de cualquier punto por donde se halle el enemigo, levanten sus poblaciones en masa para que con las armas que cada individuo tenga, grande o pequeña, de fuego o blanca, larga o corta [...] con palos y piedras le hostilicen de cuantas maneras estén a su alcance.*

Por bando se ordena que se haga acopio de piedras en las azoteas de las casas; porque —dice Pacheco— “once mil ingleses han perecido en las calles de Buenos Aires, hostilizados aun por las mujeres, que arrojan sobre ellos los muebles y el agua hirviendo”, y el general José Joaquín Herrera, nombrado comandante de la plaza, hace saber “que pueden salir [de la capital] sin necesidad de pasaportes por las garitas que no estén interrumpidas por las tropas de los Estados Unidos, todas las mujeres, niños y extranjeros”.

Y si no hay la evacuación que pretende Herrera, sí todos los mexicanos se entregan a la defensa de la ciudad de México, puesto que, por el amor a la patria, nadie quiere ceder. La que se avecina en la capital de la República no es una guerra militar, sino popular.

Scott, quien tiene establecido su cuartel general en Tacubaya, ha hecho concentrar allí su artillería pesada, al paso que refuerza a la división de Worth que está lista para proseguir las operaciones y, a la noche del 6 de septiembre, envía una nota a Santa Anna en la que, después de argüir que el gobierno de México ha quebrantado las estipulaciones del armisticio, exige “una explicación, una satisfacción y una reparación”, advirtiendo que de no tenerla, daría por terminada la tregua.

El 7 de septiembre los “toques de generala frente a palacio, y de diana con música, a las cinco de la mañana”, anuncian que están a punto de romperse las hostilidades con el enemigo. Todos los puntos han sido mejorados. Santa Anna se presenta en las primeras horas del día en Chapultepec, y en seguida recorre los atrincheramientos en el sur de la ciudad. Por todos lados lo aclaman.

Los norteamericanos no aparecen ese día en el campo de batalla. Scott examina sus puestos de avanzada, y aunque sabe que no es contra una fuerza militar organizada con la que va a combatir, se muestra cauteloso. Ordena movimientos de engaño, con los cuales provoca las dudas de Santa Anna.

Éste cree que el general Scott, luego de simular un ataque a las posiciones nacionales del Molino del Rey, emprenderá un asalto sobre los parapetos en el sur de la ciudad, que son débiles, y con esto manda a sus tropas de un lado a otro y cambia sus planes de defensa, con todo lo cual no hace sino sembrar la incertidumbre en todas partes como individuo de entidad y arrojo. Ningún patriota le podía disputar en aquellos momentos su hombradía, y sólo la antimexicana historia de la malignidad y del pesimismo ha sepultado las cualidades de mexicano que había en Santa Anna, para colocar sobre ellas los defectos, proporcionando así contento a los extranjeros.

No obstante los pronósticos de Santa Anna, el 8 de septiembre se desprenden de Tacubaya las primeras columnas norteamericanas en dirección al Molino del Rey. Aquí y en la Casa Mata hay 4 500 patriotas y un tercio de cañones. Los manda el general Antonio León. Están apoyados por la batería de Chapultepec y en la hacienda de los Morales se encuentra el general Juan Álvarez con más de 2 000 jinetes, aunque no armados convenientemente.

Son 3 500, con 10 piezas de artillería, los atacantes que avanzan impetuosos. Grande es el valor en ambas partes durante la pelea, pero cuando llega el coronel Miguel Echegaray con un regimiento ligero, es tanta su intrepidez que obliga al enemigo a retirarse. Pero Scott envía más hombres al asalto. La defensa de los reductos nacionales es fervorosa y al fin sucumben. Los norteamericanos, luego de destruir cuanto les podía representar un obstáculo para el ataque al Castillo de Chapultepec, se retiran, y como los patriotas vuelven a ocupar la posición, aunque sin fortificarla, sirve esto para proclama de un triunfo, que si no fue, alienta a los defensores de la ciudad de México. Tres días ocupa el general Scott en preparar el ataque a Chapultepec. Santa Anna, incansable, recorre todos los puntos. Intenta fortalecer el Castillo, pero a las prisas se unen la desorganización y la ausencia de recursos militares.

Es el 11 de septiembre aniversario de la capitulación de Barradas en Tampico, y con este motivo Santa Anna revista a las tropas y, como insiste en creer que el siguiente movimiento de los extranjeros será sobre los atrincheramientos de la Candelaria y San Antonio, allí finca las mejores posiciones.

Pero Scott no cambia sus planes. No ignoraba el jefe del ejército de los Estados Unidos lo endeble de la defensa de Chapultepec, mas quiso hacer del asalto un acto espectacular, porque necesario le era el tono de conquista a lo que en sus partes llamó “formidable castillo”, sin pensar que ese episodio, que poco tenía de guerrero, iba a constituir la gloria perenne de los mexicanos. Así, con todo cuidado dispuso Scott la instalación de las baterías sobre la calzada de Tacubaya, que abrieron sus fuegos el día 12 y causaron grandes estragos, y al que contestaron débilmente las tres únicas piezas servibles en Chapultepec, lugar de recreo para virreyes, y no castillo cercado de murallas, fosos y baluartes, como pretenden los historiadores norteamericanos.

Ochocientos son los defensores de Chapultepec, pero las bajas causadas por el bombardeo del enemigo, el retiro de las fuerzas militares de apoyo y las deserciones a consecuencia de la falta de pertrechos, los redujeron en cortas horas a 200.

Dos columnas extranjeras están situadas frente a Chapultepec a la mañana del 13 de septiembre y, protegidas por un vivísimo fuego de artillería, penetran al bosque que circunda al Castillo. Una avanza desde el Molino del Rey; la otra de la calzada de Tacubaya.

Sin grandes esfuerzos se apoderan de las débiles obras de defensa exteriores, no sin exterminar al batallón de San Blas que, a las órdenes del teniente coronel Xicotécatl, llega en el momento de la refriega y, cercado el cerro, empiezan el ascenso por el lado oeste, que es el más accesible, y tantos son en número que nadie les detiene. Escalan los muros del castillo y pronto están en el recinto, en donde hacen la última y gloriosa resistencia los alumnos y oficiales del Colegio Militar.

Con la toma de Chapultepec, están abiertas las puertas de la capital de la República a los soldados extranjeros.

Santa Anna, al tener noticias de lo acaecido, se retira a la Villa de Guadalupe, en espera de una sublevación popular; y no escasean, es cierto, en las calles de la ciudad de México los actos de valor y audacia, pero la fuerza de la organización y de las armas impera sobre los muchos sacrificios a los que obliga la libertad de la patria.

Cuantiosas fueron las pérdidas, ya en vidas, ya en intereses, sufridas por México en tan infausta guerra; pero el brioso patriotismo de sus defensores no desmereció, en las más acibaradas horas, las alabanzas que se acreditan a la valentía y al honor.

Amargas, muy amargas, han de ser siempre las épocas en que las patrias son derrotadas por agresivos y superiores enemigos, y en las que aquéllas pierden solares de su herencia y linaje; pero felices, muy felices, se señalan los pueblos que después de ser víctimas de atropellados e infidentes apetitos, saben perdonar al ofensor para establecer su dicha no en las superficies territoriales, sino en los valores de la razón, que son eternos.